

# Anales del Seminario de Historia de la Filosofía

e-ISSN 0211-2337

<https://dx.doi.org/10.5209/ashf.78040>

 EDICIONES  
COMPLUTENSE

Arenas, Luis, *Capitalismo cansado. Tensiones (eco) políticas del desorden global*. Trotta, Madrid, 2021.

Maquillar los síntomas de cansancio del modelo neoliberal resulta hoy una tarea complicada. Los indicios se suceden: desde la incertidumbre geopolítica de las potencias extractoras de recursos naturales hasta el reflujo dextropopulista que cuestiona los consensos sociales alcanzados en las últimas décadas. Un desconcierto sin precedentes en el que no solo no se ha refundado el capitalismo, como sugería el presidente de la República Francesa en el año 2008, sino que este cabalga encabritado en una huida hacia delante, cuyo final no es la emancipación sino el abismo. Siguiendo la metáfora del autor, el capitalismo parece cansado: ha colonizado buena parte de los países del mundo y esquilado sus bienes, pero también ha perdido la legitimidad y el lustre de la que gozaba décadas pasadas. Un sistema que se ha apropiado del imaginario colectivo, que dificulta pensar cualquier otro relato global y que tan solo respeta la lógica de su propio desarrollo, con el que asfixia cualquier instancia social, política e incluso antropológica.

*Capitalismo cansado. Tensiones (eco) políticas del desorden global* nos enfrenta con una premisa clara: el capitalismo alberga en su seno un carácter irracional. Es capaz de fagocitar todos los elementos imaginables y asimilar todas sus alternativas, con la única excepción del decrecimiento de su actividad. Un sistema económico voraz, que siempre necesita saciar su apetito a cualquier precio, y en el que a la *estabilidad* se la denomina *estancamiento*. Un paradigma que no mide su desarrollo de forma absoluta, sino en relación con el incremento con el ejercicio económico anterior. Mas nos encontramos ante un problema aritmético: requiere de un crecimiento continuo e ilimitado en un planeta que dispone de unos recursos limitados y un mercado finito. Esta lógica basada en la ausencia de equilibrio también genera las condiciones para su destrucción, pues la desigualdad puede conducir al colapso. Esta suposición no proviene de un extracto de *El capital*, sino que son las conclusiones de una entidad tan poco sospechosa de pensamiento alternativo como la consultora estadounidense PwC<sup>1</sup>. La diferencia cada vez más acusada entre distintas capas de la población no es un producto natural del fracaso de unos y el triunfo de otros, sino la consecuencia de un sistema basado en la desigualdad, donde ya no caben *ciudadanos* sino *clientes*.

La gravedad del problema solo es comparable a la necesidad acuciante de su resolución, una tarea urgente si queremos legar un planeta habitable a las generaciones futuras.

Repasamos con Arenas las previsiones de John Maynard Keynes, que en su célebre artículo de 1931 “Las posibilidades económicas de nuestros nietos” auguraba un futuro prometedor, dada la explosión de productividad que se experimentaba entonces. Ese anhelo no se ha cumplido: a pesar de que el modelo capitalista ha crecido muy por encima de las previsiones más entusiastas, esto no ha proporcionado un aumento del bienestar general; más bien al contrario, pues desde los años ochenta se están perdiendo paulatinamente las mejoras de las décadas previas. ¿Cómo es posible que el incremento de la productividad no se haya reflejado en una reducción generalizada de la jornada de trabajo? Acudimos para ello a la obra de Thorstein Veblen, sociólogo y economista perteneciente a la escuela institucionalista americana, que en *Teoría de la clase ociosa* ya apuntó una teoría del consumo ostensible que ha recuperado una inesperada actualidad<sup>2</sup>. Veblen analiza las consecuencias imprevistas del desarrollo de la economía en el nuevo siglo, la época de transición entre el capitalismo de producción y el capitalismo de consumo. Lo más destacado del nuevo modelo imperante es la exhibición de bienes. La sobreabundancia de productos había conducido a un modelo en el que la riqueza disponible no se empleaba como forma de obtener medios de subsistencia, sino como *signo de valor*. Esta teoría, que aún el concepto del fetichismo de la mercancía marxiano con la tradición pragmatista norteamericana, sugiere que las pertenencias que pueden conseguirse de esta manera son señales de estatus, símbolos valiosos en la incipiente sociedad del consumo. El estatus social se refleja de forma abstracta según un código axiológico nuevo centrado en el consumo, con unos iconos que no buscan satisfacer necesidad alguna sino incrementar la reputación de quienes los ostentan. La acumulación de bienes y su reflejo en ciertos productos se convierte en un símbolo en sí mismo, que otorga valía a su poseedor. Esta reputación se refleja en el ocio, en la práctica de actividades sociales exclusivas o el dominio de saberes improductivos e inútiles.

<sup>1</sup> PwC, *The Long View How will the global economic order change by 2050?* 2017, <https://www.pwc.com/gx/en/world-2050/assets/pwc-world-in-2050-summary-report-feb-2017.pdf>

<sup>2</sup> Un analista que atisbó la crisis del 29, que tuvo lugar pocos meses después de su muerte. La lectura de Veblen es una herramienta valiosa para analizar de forma crítica la economía contemporánea, así como las recetas de los popes de la teoría económica ortodoxa que no pudieron ver la crisis de 2008.

Intuye cuál iba a ser el impacto de la publicidad en la sociedad del futuro, y asegura que llegará el momento en el que esta “venta en la ausencia” será uno de los elementos fundamentales del modelo de consumo capitalista<sup>3</sup>. Sugiere también un posible resultado antropológico de este modelo, que en el capitalismo tardío tomó la forma del empresario de sí mismo: el sujeto épico del modelo neoliberal, que hace de la competitividad y el estatus su modo de vida. Veblen es muy crítico con la visión ideal del sujeto supuestamente autónomo: una ficción creada por la ideología dominante, que no solo opera según sus intereses, sino que en muchas ocasiones son opuestos a los intereses generales de la sociedad.

Las crisis cíclicas a las que está condenado el capitalismo neoliberal no son un producto exógeno e impredecible originado por elementos externos, sino que es su misma mecánica de funcionamiento, en especial en un modelo basado en el crédito y en la financiarización de la economía. Se da la paradoja –que bien podríamos denominar sabotaje– de que en ocasiones la forma de maximizar los beneficios no consiste en asegurar la estabilidad de este sistema, sino en garantizar su desequilibrio. El “beneficio razonable” del capitalismo no es otro que la máxima esquilación de plusvalía y recursos, y es posible recordar lamentables ejemplos de este trampantojo, como la estafa financiera de Bernard Madoff o la salida fraudulenta a bolsa de Bankia. El capitán industrial del pasado, hoy CEO con una alta movilidad laboral, consigue medrar en medio del caos. Veblen no escatimaba adjetivos acerca de su valoración de este *Übermensch* capitalista:

El tipo ideal de hombre adinerado se asemeja al tipo ideal de delincuente por su utilización sin escrúpulos de cosas y personas para sus propios fines y por su desprecio duro de los sentimientos y deseos de los demás y carencia de preocupaciones por los efectos remotos de sus actos<sup>4</sup>.

Arenas también ofrece algunas reflexiones sobre las inseguridades que nos atenazan. Nuestra sociedad se caracteriza por el miedo; cada vez lo padecemos en mayor medida, y en muchas ocasiones se trata de un temor difuso. Para sentir miedo no es necesario que exista un correlato en el mundo exterior, basta que ese miedo tan solo se sienta como tal. La injusticia también responde a esta descripción. Aunque no se pueda señalar con precisión dónde se encuentra, también existe un sentimiento generalizado de que algo no funciona. ¿Cuánta injusticia somos capaces de soportar? El sentimiento de injusticia sumada a la ansiedad intangible por un futuro incierto se ha reflejado en el surgimiento de los dextropulismos, que ya no consideran el estado-nación como un garante de bienestar sino como un refugio identitario en el que cobijarse. Una revolución que ya no es emancipatoria, sino que plantea un retraso cultural de corte autoritario. Para ilustrar algunas causas de esta involución acudimos al estudio de Branko Milanović, que señala cuál ha sido rédito del proceso de globalización, y quien ha ganado y quien ha perdido con este modelo. El potente análisis del economista serboesta-

dounidense ofrece datos demoledores: “más del 40% de la riqueza generada por la globalización ha sido capturada por el 5% más rico de la población mundial y, entre ellos, el 1% más rico del planeta ha obtenido casi la quinta parte de esa riqueza generada por la globalización” (p. 143). Los vencedores indiscutibles de la globalización han sido las grandes fortunas, que han visto incrementar sus ingresos en medio de la incertidumbre global (más todavía en tiempos de pandemia). El 1% de la población más rica de los Estados Unidos poseía un 9% de la riqueza antes del triunfo de la globalización. Hoy dispone de casi una cuarta parte de la riqueza total. También se ha disparado el nivel de vida de las clases medias emergentes de los países en vías de desarrollo, que en pocas décadas se están equiparando con sus pares de los países occidentales. Las masas desheredadas de los países periféricos continúan sin recibir nada del proceso de la globalización. En último lugar, las clases medias occidentales tampoco han recibido ningún beneficio en términos absolutos, lo que hace que de forma relativa hayan sido perjudicados en el proceso.

De la mano de Walter Benjamin y su crítica al horror de la historia nos adentramos en el último tramo del texto, que es el que más recuerda al anterior libro del autor, *Fantasma de la vida moderna*. Repasamos el análisis de Nicholas Georgescu-Roegen, que en *La ley de la entropía y el proceso económico* dio cuenta de un aspecto básico al que no se le estaba prestando atención: la dimensión entrópica del proceso económico. La escasez de recursos, sumada a la no retornabilidad de estos, aboca al sistema a un colapso, que no puede revertirse, tan solo posponerse. Si añadimos a la ecuación el continuo crecimiento demográfico, el aumento de la demanda energética en todos los países y la desaparición de las reservas de combustible fósil que habían tardado decenas de millones de años en formarse, la perspectiva de un futuro con un aumento exponencial del nivel de vida que sugería Keynes deja de ser una hipótesis grata para convertirse en ciencia ficción. ¿Cómo hemos de actuar ante un horizonte así? ¿Es posible contener los daños o se ha alcanzado ya un punto de no retorno? Si ese fuera el caso una inquietante pregunta se atisba en el horizonte: ¿es viable una ética ante aquellos no nacidos que están por llegar? Estas son las cuestiones que incardinan el último capítulo, donde descubrimos cómo afecta esta incertidumbre a nuestros cuerpos: desde la dependencia de las pantallas y los medios digitales hasta el cambio en la forma de relacionarnos entre nosotros y con nuestro entorno.

*Capitalismo cansado* nos proporciona algunas claves para reflexionar en esta situación de incertidumbre, en la que somos plenamente conscientes de que algo está cambiando. Carecemos de una hoja de ruta clara, pero sabemos que el tiempo se agota: no conocemos cómo va a ser el futuro, pero lo que es seguro es no será como lo imaginábamos. ¿Cuáles son nuestras opciones? Nos queda pensar cómo habitar el mundo, y con *Capitalismo cansado* Luis Arenas nos ofrece algunas herramientas para seguir haciéndolo.

<sup>3</sup> Otro de sus aciertos fue vislumbrar la ligazón entre el poder político y empresarial, que hoy conocemos como *puertas giratorias*.

<sup>4</sup> VEBLÉN, Thorstein, *Teoría de la clase ociosa*. FCE, México, 1974, p. 243.